



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

LÁGRIMAS DE JESUCRISTO.

Videns civitatem flevit super illam
Jesus, poniéndose á mirar la ciudad,
derramó lágrimas sobre ella.

(Luc. xix, 41.)

Al referirnos el Evangelio, que Jesucristo lloró sobre Jerusalem, nos presenta un espectáculo singular, que no puede ménos de excitar nuestra sorpresa y de conmover el corazón más duro. El alma sensible no puede emanciparse de cierta emoción, cuando ve correr la sangre ó las lágrimas de sus hermanos, pues, las lágrimas revelan una profunda herida del corazón, así como la sangre revela las heridas del cuerpo. Sin embargo, no todas las lágrimas producen igual impresión, ó, á lo ménos, no mueven á compasión en igual grado. Es triste ciertamente ver, que llora una persona delicada, de un carácter débil, una mujer, un niño; es más triste todavía ver, que llora un hombre de edad madura y de un carácter varonil y fuerte; más triste es aún ver, que llora un anciano, que ha desafiado con serena frente las vicisitudes de la vida; pero, san Jerónimo añade, que es sin comparación más triste ver, que llora un hombre colocado en cierta dignidad, un rey, un sacerdote, un obispo.

Las lágrimas son una prueba de debilidad y de impotencia, y solo las grandes pesadumbres son eficaces para que los fuertes y los poderosos lloren. Así es, que al llorar, no pueden ménos de experimentar cierta confusión y rubor. Ezequías, rey de Israel, volvió su rostro hácia la pared, para llorar sin ruborizarse; el patriarca José, se apartó de la vista de sus hermanos, para llorar sin reprimirse, y no volvió á presentarse delante de ellos, sin haber enjugado sus lágrimas. San Agustín nos dice, que no podía evitar cierta confusión, cuando pensaba en las lágrimas que habia vertido sobre la tumba de su madre.

¿Cómo se explica, hermanos míos, que Jesucristo, Dios y hombre; Jesucristo, que á tantos padecimientos hubo de someterse; Jesucristo, á quien se ha llamado el hombre de dolores; cómo se explica, repito,

008541

que en un día de triunfo llorase en público? Hubo muchos que se escandalizaron de ese llanto. Pues bien, vámos á examinar el motivo de esas lágrimas, y creo que, en vez de ser para vosotros ocasion de escándalo, serán un medio de santificaros, porque ós revelarán toda la bondad del corazón de Jesucristo. Imploramos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. La primera causa de las lágrimas que vertió Jesucristo, nos la indica el Evangelio en las siguientes palabras: Vendrá un día, en que tus enemigos levantarán trincheras á tu alrededor, te cercarán por todas partes, destruirán tus fuertes y murallas, darán muerte á tus hijos, y no dejarán en tí piedra sobre piedra. Ya veis, pues, hermanos míos, que Jesucristo lloró por las futuras desgracias de Jerusalem; sabia, que en los incomprensibles designios de Dios se habia fulminado una sentencia de exterminio contra la ciudad culpable. Desde la cima del monte de los Olivos, en que estaba á la sazón Jesucristo, vió en lontananza las tempestades que se agrupaban en el horizonte, y la deshecha tormenta que en breve habia de desahogarse sobre Jerusalem; vió á los guerreros, que, de remotos confines de la tierra, acudirían de tropel á saquear la ciudad y removerla hasta sus cimientos; vió á los emperadores romanos, Tito y Vespasiano, instrumentos de la justicia divina, acudir con ejércitos formidables á establecer su campamento, y fijar sus estandartes hasta en la cima de ese monte, en que Jesucristo vertió sus lágrimas. Vió de antemano la destruccion de sus torreones, de sus murallas y pórticos; la demolicion del templo, de esa maravilla del mundo, presa de un voraz incendio; vió las piedras del santuario esparradas en todas direcciones en las plazas públicas, arrastradas por el lodo é indignamente profanadas; vió á millares de víctimas, á los desgraciados habitantes de esa ciudad infortunada, en número de un millon y cien mil, ser víctimas de las destructoras armas de los romanos; y los que fuesen perdonados por la espada, no se preservarían de quedar cautivos, y ser vendidos como vil ganado. Jesucristo oía de antemano los gemidos de los niños, que pedían pan, sin que nadie los socorriera; presenciaba los apuros de las madres, á quienes el hambre indujo á nutrirse de sangre, á disputarse trozos de carne humana, y á devorar los palpitantes miembros de aquellos á quienes habian dado el sér. Y este espectáculo conmovió á Jesucristo, y le hizo suspirar y sollozar, y aún, verter copiosas lágrimas.

Y ahora, decidme, ¿os escandalizan las lágrimas de Jesucristo? Comprendo muy bien, que Jeremías se lamentase de las desgracias de

Jerusalén; no podia evitarlas: comprendo tambien, que María llorase sobre el sepulcro de Lázaro; no podia volverle á la vida: pero, Jesucristo, Dios y hombre, ¿no es acaso el depositario del poder supremo? Y disponiendo de fuerza sobrada para aplacar el furor de las olas, y desvanecer las tempestades, ¿no podia evitar las que amenazaban á Jerusalem, y preservarla de tantas desgracias?

Tened en cuenta, hermanos míos, que en Dios hay dos atributos esenciales que dirigen todas sus obras, y que se comparten el imperio del mundo; estos atributos son: la misericordia, y la justicia. Son dos hermanas, que se unen íntimamente, sin que lleguen jamás á separarse. Verdad es, que Dios parece tener cierta predileccion á la misericordia; mas, no puede aplicarla á costa de su justicia. Pues bien, hermanos míos; la ciudad de Jerusalem se hizo culpable, y, por consiguiente, mereció que se le impusiese un castigo. Hasta entónces, resistióse con empeño á la voz de la misericordia, y dió muerte á los profetas del Señor; por esto, Jesucristo hizo este nuevo esfuerzo para salvarla; pero, Jerusalem fraguó contra el Salvador una conjuracion, y preparó su muerte ignominiosa. Si Jesucristo hubiese querido tratar á Jerusalem como se merecia, hubiera debido castigarla, y castigarla sin piedad, sin conmiseracion, sin misericordia, sin experimentar por ello el menor sentimiento ni disgusto.

De esta suerte se interpreta y aplica, hermanos míos, la justicia en este mundo; pero, no sucede lo propio con la justicia del cielo. Entre las miras del hombre y las de Dios, media tanta distancia como entre la tierra y el cielo; nuestros designios son muy distintos de los designios del Señor. Nosotros, pecadores, nos damos por satisfechos, cuando podemos tomar una alta venganza de los que nos han inferido algun agravio; al contrario, Dios se entristece y se aflige, cuando se ve obligado á castigar á sus enemigos. Como Dios creó al hombre, no puede ménos de amarle constantemente; y nunca, dice el Espíritu Santo, se alegra de la afliccion y sufrimientos de los malos. Para que se resuelva á castigar, es preciso que haga violencia á las inclinaciones de su corazón, que cambie, por decirlo así, de naturaleza, que se haga la violencia que debe hacerse una llama para ir hácia abajo, y los rios para dirigir la corriente hácia su origen ó nacimiento. Mayor violencia todavía hubo de hacerse, para castigar al género humano con el diluvio; y cuando fué preciso cumplir la sentencia que habia dictado, su corazón experimentó el más profundo dolor. Antes de enviar el fuego del cielo sobre las ciudades de Sodoma y Gomorra, manifestó á Abraham su vivo sentimiento, á fin de que con sus oraciones Abraham desarmase su justicia; y le dijo, que si encontraba diez jus-

tos, perdonaria á las ciudades. ¡ Ah! si Abrahan hubiese conocido bien su corazon y hubiese orado con instancia, un solo justo hubiera bastado, para que fuesen perdonadas las ciudades de Sodoma y de Gomorra.

Así, Jesucristo, hermanos míos, al anunciar á Jerusalem las desgracias que la amenazan, aunque dicha ciudad era muy culpable, y digna de la suerte que le estaba reservada, con todo, no pudo ménos de gemir por ella, y verter lágrimas por su desgracia. Jerusalem, al ver el llanto de Jesucristo, debia exclamar, como Lázaro en otro tiempo: ¡ Ved como nos ama! pero, no; Jerusalem no quiere reconocer en Jesucristo sinó un enemigo peligroso, del cual conviene desembarazarse presto; y ved ahí lo que afligia al Señor, hasta el punto de hacerle verter tantas lágrimas. Por lo demás, hermanos míos, no lloró Jesucristo exclusivamente por las desgracias temporales, sinó que lloró, con especialidad, por la desgracia espiritual de Jerusalem. Hay en esta ciudad algo más temible que el hambre, las cadenas y el cautiverio; hay un mal mayor y más digno de las lágrimas de Jesucristo que el saqueo, la carnicería y la muerte; ese mal gravísimo es el pecado, y las fatales consecuencias que trae consigo, son la perdicion de las almas y la reprobacion eterna.

¿ Qué le importa á Jesucristo la pérdida de los tesoros y de las riquezas de Jerusalem? ¿ qué le importa la destruccion de sus torres, de sus pórticos y de sus murallas? Lo que le afligió profundamente, fué el pecado, que dominaba á su antojo en aquella ciudad infortunada. Si Jesucristo hubiese querido, podia, con una sola palabra, destruir los ejércitos romanos, desafiarlos á que echasen abajo una piedra siquiera de las murallas de Jerusalem; al propio tiempo que sus oraciones, sus lágrimas y sus gemidos, son impotentes para vencer la malicia y la perversidad de la ciudad temeraria. De todos los poderes que hay constituidos en este mundo, solo el poder del pecado se atreve á resistir á Dios; solo el poder del pecado no procede de Dios; y, sin embargo, domina, á pesar suyo, sobre la tierra. La infiel ciudad de Jerusalem es, entre las criaturas, la única que se resiste á la voz de Jesucristo; la única que hace llorar á nuestro Salvador. ¡ Qué infamia para tí, ciudad de Jerusalem! ¡ qué vergüenza, la de hacer llorar á Jesucristo, á tu Dios y salvador!

Pero, no, hermanos míos, no es Jerusalem la única que debe avergonzarse. Hay en la tierra millares de ciudades y de pueblos, que se muestran tan rebeldes como Jerusalem á la voz de Jesucristo. Sí; no son exclusivamente los pecados de Jerusalem los que hicieron llorar á Jesucristo, sinó los pecados de tantas ciudades cristianas, que son in-

fieles á su Dios; los pecados de todo el mundo; los pecados vuestros y los míos. Sí, hermanos míos; desde la cima del monte de los Olivos, Jesucristo vió, los pecados que se cometen en todas las ciudades de la tierra; vió, entre muchos otros, los que se cometen en esta poblacion, que tantas gracias y beneficios ha recibido. ¡ Ah! Jesucristo se aflige, no solo por estas iniquidades, sinó por los castigos y las desgracias que atraen sobre nosotros; se aflige al ver, que tantos esfuerzos y trabajos practicados para mejorar nuestra conducta, no han sido parte para que seamos verdaderos cristianos; se aflige al ver, como ha degenerado en nosotros la fé de nuestros padres; se aflige al ver, que el vicio y la inmoralidad cunden indistintamente en todas las clases sociales; que los pequeños y los grandes, los jóvenes y los ancianos se arrastran vergonzosamente por el lodo de todas las pasiones; se aflige al ver, que tenemos más respeto al mundo y á las consideraciones humanas, que á los preceptos de Dios y de su Iglesia; se aflige al ver, que, entre nosotros, se profanan indignamente los dias de fiesta y los domingos, se desdeña la asistencia á la iglesia y al santo sacrificio de la misa, y no se acude á recibir los sacramentos, y se descuida la oracion y se infringen abiertamente los preceptos del ayuno y de la abstinencia. Por último, hermanos míos, Jesucristo se aflige al ver, las desgracias que os amenazan á vosotros, que, hasta ahora, habeis abusado de la gracia de Dios, como Jerusalem; á vosotros, que permanecis en el pecado, como si nunca hubiese habido Redentor ni Salvador; á vosotros, para quienes previó y predijo Jesucristo todas las desgracias que iban á derramarse sobre Jerusalem, si persistís en vuestro miserable estado. Y va á llegar ese dia, el dia de todos, en que vuestros enemigos cercarán vuestra alma, la empujarán por todas partes, le cerrarán todas las salidas por donde pudiera escaparse, no le dejarán entrever más que los severos juicios de un Dios irritado y los abismos del infierno; la abrumarán con pensamientos mundanos, para que no pueda atender á su salvacion, y acabarán de extinguir en ella la fé, la esperanza y la caridad, á fin de que permanezca eternamente en el duro cautiverio que se ha escogido, y á que ha tenido cariño durante su vida. Hé aquí, hermanos, la primera causa del llanto de Jesucristo.

2. La segunda causa nos la indica el Evangelio en las siguientes palabras: ¡ Oh Jerusalem, si supieras lo que puedes hoy perder ó ganar; si conocieses todas las prendas de paz y de salvacion que se te ofrecen en este dia; si supieses quién es el que te dirige la palabra, por qué ha venido á visitarte, y cuáles son las disposiciones de su corazon hácia tí! Mas ¡ ah! todo esto lo ignora la ciudad de Jerusalem.

Así, pues, Jesucristo lloró por la obcecación de aquella ciudad. Sin embargo, dijo, todo esto queda oculto á tu comprensión. Pero, decídme, hermanos míos: ¿cuáles son esas cosas que Jerusalén no acierta á ver, y que, sin embargo, tanto le importa y le conviene conocer y saber? Primero, Jerusalén no se apercibe del amor inmenso que Jesucristo le profesa; no comprende todo el bien que le desea, y el mayor que todavía desea dispensarle; lo cual supone, de su parte, una gran ceguera, pues, el amor no puede manifestarse mejor que por medio de las obras; y entre todas las demostraciones de la amistad, los beneficios son, sin disputa, las pruebas menos equívocas y más sinceras.

Y con efecto, ¿qué hizo Jesucristo en favor de Jerusalén? Con preferencia á tantas otras ciudades, que dejó sumidas en las tinieblas de la idolatría, la eligió para ser su pueblo, la adoptó por hija, quiso ser llamado por ella de un modo especial el Dios de sus padres, el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob: y la amó, entre todos los pueblos de la tierra, como Jacob amó á José entre los demás hermanos. Para Jerusalén lo sufrió todo: obró milagros sin cuento, removió los elementos, exterminó una generación naciente, y sepultó en las olas el ejército formidable de Faraón; hizo marchar á su pueblo á pié enjuto en medio de las aguas, le alimentó por espacio de cuarenta años en el desierto, hizo descender del cielo una misteriosa sustancia nutritiva; exterminó á todos los que se habían propuesto declararle la guerra, le condujo sano y salvo á un país delicioso, donde corrían en abundancia la miel y la leche; le envió profetas, para que le instruyesen y le consolasen en sus infortunios; le dió leyes, ceremonias, sinagoga, sacrificios, pontífices, y el templo más rico y más bello del mundo. Por fin, hermanos míos, Jesucristo bajó del cielo para ir á visitar la ciudad de Jerusalén; la llamó, con preferencia, desde su cuna; le dedicó sus primeros suspiros, desvelos y trabajos; y Jerusalén tuvo la fortuna de oír sus primeras palabras y ver sus primeros milagros. Y todo esto, no bastó aún para probar á Jerusalén, que Jesucristo la amaba y deseaba su bien. Y Jerusalén, en vez de manifestarle su gratitud por tantos beneficios, espera con ansiedad el oportuno momento de dar muerte á Jesucristo. El Salvador le ofrece las gracias del perdón y de la misericordia; le ofrece nuevos testimonios de su afecto y de su ternura; y si Jerusalén fijase la atención en las lágrimas que vierte Jesucristo, no podría menos de reconocer, que el Salvador le profesa un amor inmenso. Jerusalén sabe bien, que las lágrimas revelan la pesadumbre del corazón, puesto que en otras circunstancias, al ver que Jesucristo lloraba sobre la tumba

de Lázaro, no pudo menos de confesar el amor que le tenía, diciendo: ¡Ved cuánto le amaba! Y luego, al ver que Jesucristo lloraba por el porvenir de Jerusalén, no ve en Jesucristo más que un enemigo terrible, á quien quiere quitarse presto de su presencia, en vez de considerar todo el alcance de su amor y decir: ¡Ved cuánto nos ama! ved cuánto nos desea nuestro bien!

Por esto exclamaba Jesucristo: ¡Oh Jerusalén, oh ciudad de Sion; si supieses á quien rechazas, y lo que te pierdes en este día, que se te ha dado! Jerusalén no se apercibe de los males que le afligen, y de los peligros que corre; no se apercibe de los crímenes de que se ha hecho culpable; no comprende que ese día es para ella un día de redención, un día que se le concede para hacer penitencia, para reconciliarse con el cielo y detener el brazo de Dios, levantado para castigarla; no comprende que ese día, que con justicia puede llamar suyo, toca á su término, y va á desaparecer, para abrir paso á otro, que no será su día, no será el día del hombre, sino el día del Señor, el día de cólera y venganza, en que verá desatarse sobre ella mil plagas y calamidades, preludio de su eterna desgracia.

Sí, hermanos míos; si Jerusalén supiese, que Jesucristo es la vida, y que al pasar en medio de su pueblo debe fijar irrevocablemente su destino, en vez de rechazarle, iría en su busca, procuraría retenerle, se enmendaría de sus pasados extravíos, y no se permitiría descansar hasta conseguir el perdón. Mas ¡ah! tan deplorable como el hombre, que está durmiendo tranquilamente en una casa incendiada, Jerusalén vive sin temor y sin desazón, y duerme pacíficamente como Jonás en medio de la tempestad, que ha de echar á pique su buque.

Pecadores, que me estais oyendo, la ceguera de Jerusalén es el símbolo de vuestra ceguera. No ignorais, que, lo propio que Jerusalén, habeis abusado muchas veces de la gracia de Dios, y que el pecado ha causado en vosotros estragos fatales; no ignorais, que Jesucristo vino á este mundo para curar vuestras heridas; no ignorais, que en el sacramento de la penitencia ha preparado, por la eficacia de su sangre, un gran remedio á todos vuestros males; pues bien, ved que ahora os exhorta por mi ministerio, á que os purifiquéis en el agua de esta nueva fuente. Y vosotros permanecéis sordos á las exhortaciones, y no queréis reconocer que vuestra enfermedad es peligrosa, y dormís tranquilamente con una flecha atravesada, que ha de causaros la muerte. Bien sabeis, que este día, que se llama la vida, se os ha concedido para trabajar en vuestra salvación; bien sabeis, que ese día toca á su término, que puede extinguirse cuando menos lo esperéis, y que despues, solo os quedará una noche lóbrega, en que na-

die puede cambiar su destino, ni remediar con sus obras el mal que ha hecho.

Y, sin embargo, vais difiriendo vuestra conversion, como si ese dia no hubiera de tener término, y no hubiese de extinguirse jamás esa luz. No se os oculta, que si la muerte os sorprende en semejante estado, solo os espera una eternidad desgraciada; no se os oculta, que estais pendientes de un hilo sobre un abismo de fuego; y, sin embargo, vivís alegres y contentos en medio de tantos peligros. ¡Oh! si Jesucristo volviese á este mundo, vertería más copioso llanto del que vertió sobre la ciudad de Jerusalem. ¡Infeliz ciudad de Sion! ¿qué no diera por hacerte comprender, toda la felicidad que te dejas perder en ese dia, que va á tener término? ¿qué no diera por hacerte comprender, que ese dia, que se te escapa, segun el uso que hagas de él, te proporcionará una eternidad de dichas, ó una eternidad de desgracias?

Rasga pues, Jerusalem, ciudad de Sion, el velo que te oculta la luz; sal al encuentro de Jesucristo, mientras Jesucristo se adelanta hácia tí; vuelve tus ojos hácia él, mientras se digna mirarte; llora sobre tus iniquidades, mientras Jesucristo llora sobre tí. Así merecerás, algun dia, ver esa otra Jerusalem, tu hermana y compañera, en la que no conocerás el llanto ni el pesar. Esta es la dicha que os deseo á todos. Amen.

LÁGRIMAS CRISTIANAS.

Plorabit et flevit vos... sed tristitia vestra vertetur in gaudium.

Vosotros llorareis y gemireis... pero vuestra tristeza se convertirá en gozo.

(JOAN. XVI, 20.)

La vida humana, como que por el pecado está, digámoslo así, fuera de su elemento y de su esfera, no puede dejar de ser, lo mismo para los buenos que para los malos, un valle de lágrimas. La sentencia fulminada por Dios sobre nuestros primeros padres delincuentes,

se verifica siempre en el género humano; y no podemos librarnos de los multiplicados dolores que nos aquejan, ni de comer con angustia el poco fruto que, á fuerza de sudores, nos da la tierra. En vano, el hombre mundano pide á las flores de la tierra, como la abeja, el sustancioso jugo con que presume poder labrar su dulce morada; en el cáliz de esas flores á que aplica sus lábios, no encontrará más que acibar y veneno. En vano, saltando de objeto en objeto, de diversion en diversion, de placer en placer, confía desterrar el tedio y la amargura; despues de un instante de desvanecimiento y de locura, su soñada alegría se convertirá en melancolía y tristeza. Placeres momentáneos, que dejan tras sí una sangrienta y dolorosa huella en la conciencia y en el corazon; esperanzas frustradas en un mar de deseos; deseos tambien insaciables en un océano de esperanzas; tedios causados por el conocimiento de las cosas que se han visto en toda su pequeñez; pasiones excitadas por la concupiscencia, y humilladas por el desengaño; odio á las riquezas, porque no proporcionan la felicidad; y odio á la pobreza, porque impone privaciones; odio á la virtud, porque es rígida, y odio al vicio, porque es tirano. Ved aquí, amados oyentes, el cuadro que presentan las alegrías del pecador. Melancólico, desabrido, áspero y endurecido, ni puede sufrirse á sí propio, ni puede sufrir á los demás. En el fondo de su corazon experimenta siempre una tristeza, que podríamos llamar preludio del tedio y de la desesperacion infernal. El hombre justo y virtuoso, al contrario; derrama lágrimas, pero, se consuela, pensando que, dentro de poco tiempo, su tristeza se convertirá en un regocijo eterno. «Vosotros llorareis y gemireis, decia Jesucristo á sus discípulos, pero, vuestra tristeza se convertirá en alegría, y en una alegría que nadie podrá ya arrebatáros.» Lo propio nos dice á nosotros, que tenemos tambien la dicha de ser discípulos suyos. Nuestra vida ha de ser vida de lágrimas; pero, estas lágrimas pronto se enjugarán, pues son un medio seguro para alcanzar el gozo eterno. Estas son las verdades que me propongo demostraros en este discurso. Ayudadme á implorar los auxilios de la gracia. A. M.

1. El destino del hombre es la posesion de Dios, que, como bien universal, es el único que puede llenar y satisfacer nuestra voluntad; y como primera y única verdad, es el único que puede iluminar nuestro entendimiento. Solo cuando posee á Dios, puede el hombre decir: este es mi destino, este es mi descanso, ahora soy feliz. Los justos suspiran por la posesion de Dios; no tienen otros deseos que los de agradarle y poseerle; la esperanza de ir un dia á gozarle, les causa